

El plumero

Marco A. Contreras

Colaborador de McGraw-Hill-Interamericana
Ciudad de México (México)

Colón Manrique, J. y Colón Gómez, J.:
Arte de traducir el inglés (2 tomos).
México: Jakes, 1952 y 1954.

*Es tan íntima la relación lenguaje-pensamiento, que
si el uno se corrompe el otro se pudre*
Salvador Tió Montes de Oca,
de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española

Sin duda constituye una joya entre los textos sobre traducción *Arte de traducir el inglés*, obra escrita, publicada y distribuida con sus propios medios, a partir de 1952, por dos pilares que han sido del oficio de la traducción en México: don Julio Colón Manrique y su hijo, Julio Colón Gómez. Esta pequeña dinastía de magníficos traductores científicos y literarios, emparentada en más de un sentido con un grupo selecto de maestros de la traducción médica en este país, tiene su origen en España, la tierra que vio nacer a Julio Colón padre, hoy fallecido. Don Julio fue parte de esa gran pléyade de valiosos inmigrantes españoles que vinieron felizmente a enriquecer, a fines de los años treinta, la cultura mexicana de la época. En otro sitio de este número de *Panace@*, don Julio Colón, hijo, quien afortunadamente está aún entre nosotros, nos ofrece detalles de su vida y de la de su padre hasta el final de la Guerra Civil española.

La mayor virtud de *Arte de traducir el inglés*, editado en dos volúmenes de tipografía y encuadernación sobrias, es seguramente el gran poder didáctico que se imprime al texto a través de ejemplos muy claros, siempre cargados de un contenido especial que los vuelve doblemente instructivos. Una pequeña muestra: en las primeras páginas, al explicar la construcción ascendente del inglés (de lo específico a lo general) se entera al lector no sólo de los significados distintos de *sugar beet* y *beet sugar*, por ejemplo, sino también de que existe

el concepto establecido de «remolacha azucarrera». Aunque el ejemplo parezca simple, soluciones de este tipo van enseñando al estudiante, desde el comienzo, a evitar sin miedo la literalidad (que quizá lo llevaría en este caso a «remolacha de azúcar», «remolacha para la producción de azúcar» o «remolacha productora de azúcar»), y a buscar siempre la concisión, de una manera refinada y creativa. Así, con el solo ejemplo, y sin hundirse en complejidades gramaticales, va el libro enseñando al lector a valerse de la intuición de una manera práctica y segura, a través de una deducción razonada, con conocimiento de causa, para evitar una confianza excesiva que remataría en errores penosos.

Si bien las enseñanzas de *Arte* no se restringen a los aspectos puros de la traducción médica, la experiencia profesional de Julio Colón, padre, participe del nacimiento de las editoriales médicas de México, lo lleva irremisiblemente a tratar el tema general de la traducción, con una firme orientación medicobiológica. Podría decirse que más de 75% de los ejemplos interesan directamente al traductor de estas disciplinas y, desde luego, toda la información contenida contribuye a una preparación completa en el campo de la traducción general.

A propósito de esa orientación preferentemente científica, en el prólogo, después de proponer la concepción del idioma como una de las partes del mundo natural, y la labor del traductor como la de un *coleccionista* de soluciones idiomáticas, se señala con gran acierto y fino humor:

No es difícil tomar como entretenimiento este trabajo de naturalista y aun convertirlo en una afición, ni se necesita ocupar en él mayor número de neuronas que el destinado a recordar la multitud de datos que acumula en su memoria el aficionado a la filatelia, pongamos por *hobby*,¹ o el necesario para registrar en la corteza cerebral el sinfín de anécdotas y minucias con que el ciudadano común construye su erudición taurina, cinémica y deportiva.

Es evidente que por aquellos días los autores no vislumbraban la magnitud de las banalidades que hoy llenan muchas de las mentes de nuestro

¹ Tal vez para cautivar al lego, se utiliza (en cursivas) esa voz inglesa ya muy popular entonces, que al final fue aceptada con esa grafía en el *DRAE* de 1984.

tiempo: las minucias del *body-fitting* vanidoso, la pasión esnobista por la *health food* y, bueno, el ansia fútil de retener las características exactas de cada artículo de consumo que sale a nuestros mercados: autos, computadoras, relojes, equipos de música, teléfonos y tantas y tantas chucherías que «cambian de modelo» cada día, y cuyas especificaciones «hay que aprender». Nada más cierto que aquella observación: si muchos estudiantes y profesionales de nuestra época se han convertido por puro gusto en expertos adventicios en una o varias de estas «áreas», ¿por qué no podrían formarse una colección mental de términos y soluciones de traducción? Aunque, viéndolo bien, tal vez sea mejor que no lo hagan, porque así queda a los traductores serios el deleite y la satisfacción de perfeccionarse en esa labor y poder vivir felizmente de ella.

La intención de la obra

A más del interés pedagógico que revela la esmerada explicación de las soluciones a los múltiples problemas propuestos, vale el libro por su tono, en todo momento incitante y entusiasta. Según se declara en el prólogo, el propósito de publicar «estos cuadernos» era simplemente ayudar a los profesionales de disciplinas técnicas y científicas a interpretar con fidelidad los textos que tuvieran que leer en otro idioma, como parte de una preparación profesional extralingüística. Ese objetivo quedó muy por debajo del gran mérito que el libro ha tenido, en la medida de su exigua difusión: el de contribuir a la preparación de toda una generación de traductores profesionales.

Despierta admiración el concepto casi idealista que tenían los autores sobre los arrestos lingüísticos de los estudiantes de ciencias de entonces, y que quizá no habrían tenido sobre los de hoy en general:

El inglés de los libros científicos y técnicos en cualquier rama de conocimientos es, para el profesional, muy fácil de aprender. Basta que el individuo se suscriba a una revista de la profesión y que lea dos horas semanales con el diccionario a mano y un lápiz para subrayar palabras y frases y poner llamadas y acotaciones que le permitan hallar en lo leído lo que estime digno de repaso en cuanto al aprendizaje del idioma. Es útil tener una gramática para adquirir en las

primeras semanas unas cuantas nociones de morfología y sintaxis. Con este plan de trabajo el estudiante llegará en un par de años a leer con facilidad las obras técnicas de su profesión. La ayuda de una persona que una vez a la semana le resuelva algunas dificultades le facilitará el aprendizaje.

Afirmaban incluso, líneas antes:

Apenas se comprende la necesidad de traducir un libro de tan fácil lectura (para el profesional) como la obra de Goodman y Gilman *The Pharmacological Basis of Therapeutics*, de la que se han agotado en pocos años dos ediciones en lengua española.

Y parece obligado estar de acuerdo con esa aseveración, si bien todos los que vivimos en torno a la traducción científica y técnica estaremos felices de que esa necesidad persista.

Más adelante en el libro, vuelve a llamar la atención la alta estima en que los autores tenían el interés lingüístico —ya no digamos el sentido de la responsabilidad— que se esperaba en general de los estudiantes o los profesionales que «leen» textos de su especialidad en sus fuentes e idiomas originales. Aún hoy vemos que muchos que aseguran estudiar en inglés más bien entienden lo que pueden y, de paso, van endilgando extrañas acepciones a términos que tenían un significado perfectamente establecido en nuestro idioma (para volver hermanos a «falsos primos») y arrebatando del ajeno palabras que sin mayor indagación juzgan intraducibles (para dar libre entrada a extranjerismos inútiles). En rigor, ninguna de esas actitudes dudosamente responsables, y que hoy son casi preponderantes, tendría una razón de ser si se aplicaran recomendaciones tan simples y claras como las que ofrecían los señores Colón:

Junto a los millares de voces inglesas que se traducen de inmediato por la identidad o el parecido, hay muchas cuya semejanza con palabras de nuestra lengua es engañosa y que suelen verse mal traducidas. Así, en informaciones periodísticas de guerra se encuentran como casualidades y fatalidades las *casualties* y *fatalities*, que son bajas y muertos, respectivamente. Las *commodities*, *securities* y *utilities* se traducen erróneamente por comodidades, seguridades y utilidades. *Application* no es aplicación cuando significa solicitud o instancia. *Apparently*

no siempre es aparentemente, ni *actually* es actualmente, ni *eventually*, *argument*, *sensible*, *character* tienen siempre las equivalencias que parecen sugerir. Ciertamente es que los diccionarios dan los términos que en español corresponden a esas palabras disfrazadas, pero hay quienes traducen a la ligera desdeñando el recurso enojoso del diccionario, por lo cual parece conveniente comentar el uso de esos y otros términos equívocos mediante ejemplos que dejen el recuerdo de la trampa en que el estudiante no debe caer.

Aunque, por fortuna, algunas de esas transgresiones no son la norma todavía, es casi bochornoso que términos que *cambiaron* de significado o incluso cayeron en desuso en su idioma original, persistan hoy sólo en nuestra lengua, y todo por el inexplicable embeleso con que se acogieron en un principio. Ejemplos sobran, pero basta un atisbo a la memoria para recordar que en México todavía llamamos «bóilers» (de *boiler*, 'caldera') a los calentadores caseros para agua que desde hace mucho pasaron a ser en inglés *water heaters*, para total desconcierto de quienes seguimos fielmente aquella «propuesta» inicial (!). Desde luego, es un fenómeno que de una u otra forma se repite, tal vez con frecuencia creciente, en una u otra parte del mundo de habla hispana, como bien sabemos.

Estructura del libro

Arte está organizado de una manera sencilla. Los dos tomos contienen principalmente artículos en los que se tratan por separado los problemas de traducción relativos a más de 400 términos, o sus aplicaciones. Esa serie de artículos se interrumpe ocasionalmente para dar lugar a capítulos especiales sobre temas como: «Construcción ascendente», «El infinitivo inglés», «Condensación de conceptos», «Adjetivos» y, una de particular interés, «Sobre el Diccionario de la Academia», donde se analizan algunos aspectos de este diccionario. Entre ambos tomos suman 318 páginas.

A continuación, se resumen características importantes de algunas de esas partes del libro.

Construcción ascendente

Uno de los capítulos especiales mencionados se refiere al importante asunto de la construcción

ascendente, el cual se estudia en prácticamente todas sus variantes, desde la forma más simple (un adjetivo junto a un sustantivo) hasta las combinaciones más complejas de sustantivos con frases adjetivales cuyos elementos (adjetivos o sustantivos adjetivados) afectan a uno más de los distintos componentes de la frase. Un caso de muestra: *A 10-mesh No. 23 (0.0258 inch) W. and M. gage woven stainless steel wire cloth*. Se comenta así:

En este ejemplo se habla de una tela, a *cloth*, y entre el artículo y el nombre se ha intercalado una larga serie de palabras. Tenemos ahí una rejilla, tela metálica o tela de alambre, *wire cloth*; el alambre es de acero, *steel wire*; el acero es inoxidable, *stainless steel*; el alambre de acero inoxidable está tejido, *woven stainless steel wire*, lo cual puede omitirse en la traducción, pues ya está envuelto en la idea de tela; el alambre es del calibre (gage) núm. 23 de la escala de Washburn y Moen (su grueso es de 0.0258 pulgadas, que son 0.655 mm), y la rejilla tiene 10 hilos por pulgada (*10-mesh*, de diez mallas por pulgada). La frase analizada podría traducirse así: Una rejilla de acero inoxidable, de alambre de 0.655 mm (núm. 23 de W. y M.) y con 10 hilos por pulgada.

A cada palabra, su sitio

Como se ha dicho, además de los capítulos especiales, todos de gran interés, *Arte* dedica buena parte de sus dos volúmenes a analizar con gran detalle, en artículos separados, cada una de distintas partículas y partes conectivas de la oración inglesa (prefijos, preposiciones, conjunciones, etc.) cuya traducción suele plantear algún problema.

Por ejemplo, cada preposición se analiza como componente de frases adverbiales e idiomáticas donde asume funciones muy diversas (con la consecuente variedad de traducciones), ilustradas con textos científicos, periodísticos y literarios. De esa manera el análisis logra máxima formalidad, más allá de las aplicaciones meramente técnicas del término. La alusión a reglas gramaticales resulta forzosa, pero no alcanza un grado que haga al texto perder frescura.

El análisis es tan completo —y más bien erudito— que, en general, cada artículo referente a las aplicaciones y significados de un elemento

conectivo particular abarca varias páginas. El mismo tratamiento se da a una cantidad importante de voces inglesas diversas (sustantivos, verbos, adjetivos, adverbios) que resultan de interés particular, ya sea por los distintos significados que adquieren en cada caso o por la falsa sinonimia que guardan con palabras españolas (p. ej., *proof*, *additional*, *anticipate*, *conventional*). Las diversas funciones de cada palabra o partícula se ilustran haciendo un uso generoso de citas no sólo de textos médicos y científicos en general, sino también de un repertorio selecto de autores literarios; entre los más citados, Cervantes y Dickens (y sus respectivas traducciones). La inclusión, también, de soluciones logradas por otros traductores acreditados (como Peter Motteux o J. M. Cohen en el caso del *Quijote*) enriquece aún más la variedad de criterios posibles de traducción y, con ello, la capacidad del estudiante para desprenderse de la literalidad y atreverse a crear soluciones elegantes y exactas. Y nunca, por acudir a esos ejemplos literarios, se aparta el análisis demasiado de lo que atañe al lenguaje científico.

El arte de conocer los diccionarios: yerros perennes en el DRAE

Obra, al fin, de hombres sinceramente preocupados por el lenguaje, y diligentes analistas de los diccionarios, *Arte* va más allá del tema exclusivo de la traducción y presenta a menudo, entre líneas, interesantes acotaciones críticas a la edición entonces vigente del *Diccionario* de la Real Academia Española (*DRAE*, 1947), y sobre la *Gramática* editada entonces por la docta institución. Dedicó incluso un capítulo especial («Sobre el Diccionario de la Academia») a señalar faltas evidentes en el lexicón oficial, además de incongruencias entre su redacción y las recomendaciones de la propia *Gramática*. Entre otras cosas, los Colón se lamentan, y con razón, de expresiones terriblemente redundantes en el *DRAE*, como «moño de la cabeza» (en el lema **rabó** [de junco]), cuando no podría haber mejor lugar para el moño de un ave; «rizoma horizontal» (lema **sello** [de Salomón]), cuando el mismo diccionario define los rizomas como estructuras horizontales, o «destello de luz» (lema **vuelta** [de la plata], cuando parece no haber otro tipo de destellos, como bien advierten.

Por ningún concepto se trata de una crítica estéril. Más bien, a través de la búsqueda de una

mayor precisión en las definiciones, se va guiando al lector en el análisis del texto y en las aplicaciones más y menos correctas de las distintas fórmulas gramaticales. Como errores ostensibles de concepto, encuentran en el *DRAE*:

pachulí. m. Planta labiada [...] muy olorosa, semejante al almizcle.

Como los autores comentan, es obvio que ninguna planta podría *parecerse* a la secreción (el almizcle) prepucial, perineal o perianal de algunos mamíferos o aves, ni tampoco al olor de esa secreción (igualmente llamado almizcle). En realidad el error persistía desde la edición de 1927, la primera que registra el término. Me permito deducir que, antes de llegar a la imprenta esa edición del diccionario, alguna «mano santa» debió de imponer ese «muy olorosa» sobre un anterior «de olor fuerte» sin reparar en que con ello daba al traste con la definición. De ser así, tal vez estuvo mejor antes: «Planta labiada [...] de *olor* fuerte, *semejante* al [del] almizcle.»

Comentan también la entonces acepción 17 de la palabra «verde»:

verde. [...] m. Alcacer y demás hierbas que se siegan en verde y las consume el ganado sin dejarlas secar.

El error es pretexto para ilustrar las soluciones que permite el infinitivo. Dicen:

Ahí se atribuye al ganado la decisión y el cuidado de no dejar que las hierbas se sequen mientras las consume. Es claro que quien ha de procurar que no se seque la hierba es el encargado de dar el forraje a los animales, que sólo segará diariamente la cantidad que éstos puedan consumir en el día. El equívoco se habría evitado diciendo: *que se siegan en verde y se dan como forraje al ganado sin dejarlas secar*. La oración circunstancial de infinitivo y el verbo principal tienen en esa expresión claramente el mismo sujeto, la persona indeterminada que da las hierbas y no deja que se sequen.

Deploran también que se confundan *semillas* con *frutos* en la descripción que se esperaría técnica de plantas como el anís, la alcaravea y el comino:

anís. m. [...] tiene por *frutos semillas* aovadas, verdosas, menudas, aromáticas y de sabor agradable [...].

alcaravea. m. [...] flores blancas y *semillas* pequeñas, convexas [...].

comino. M. [...] flores pequeñas blancas o rojizas y *semillas* de figura aovada, unidas de dos en dos.

Tendría toda la razón quien cuestionara la utilidad de citar y comentar yo —aquí y ahora— críticas que se hicieron a la edición de 1947 del *DRAE*, si no fuera porque *ninguna* de esas erratas señaladas por *Arte* en 1952 ha sido todavía descubierta, y menos corregida, 50 años después, por los revisores de la edición más reciente del *Diccionario*, la del año 2001. En otras palabras, todos esos errores, ya presentes en la edición de 1947 del *DRAE*, persisten a la fecha, y sabemos que a su inadvertencia se han venido uniendo muchos más, con cada nueva edición.²

Difusión de la obra

Aunque parece un asunto remediable —por la actualidad general de su contenido—, es una lástima que joyas como *Arte* hayan tenido hasta ahora tan escasa difusión. El tiraje del tomo I (1952) constó de 8000 ejemplares y el del tomo II (1954) de 6000, y al parecer se hicieron algunas reimpressiones, pero no ha habido la menor promesa de una edición renovada. Esas dificultades, que siguen enfrentando muchos buenos textos sobre traducción, quizá se expliquen no tanto por la falta de una promoción comercial grandiosa (que evidentemente le ha faltado a este libro), sino más bien por la carencia de un interés real por los idiomas —o un sentido excesivo de autosuficiencia— entre muchas personas que, por razones de estudio o de trabajo, tendrían que



aprender a interpretar con la mayor precisión lo que leen o escuchan en otro idioma.

Sin duda, los esfuerzos que hagan los traductores profesionales en este sentido (p. ej., conocer y dar su justo valor a las palabras y giros que ya se tienen en español) contribuirán a reducir esa tendencia automática del traductor improvisado a «simplificarse la vida» y traer para ello de otro idioma palabras que vienen a *complicársela* a otros —como los lectores— por lo oscuro de su etimología, su grafía estrambótica y su franca disonancia para el gusto de la mayoría.

Seguramente, al explicar con gran diligencia a los futuros profesionales el significado de *maple sugar* ('azúcar de arce'), los autores de *Arte* nunca imaginaron que, 50 años después, una frase vestida de sajona, como **miel de maple**, habría de aparecer vistosamente impresa en tal vez millones de etiquetas que hoy van «engalanando» por el mundo los envases de un producto clásico y simple que *normalmente* se había llamado **jarabe de arce** (*maple honey*). Por fortuna, el nombre correcto todavía circula junto a aquél, aunque no en países como México, donde prevalece el anglicismo adoptado por gigantes comerciales como Kraft Foods.

La herencia de don Julio

He narrado a otros compañeros, como una de las experiencias más determinantes en mi vida —y disculpen que no pueda evitarlo aquí—, el en-

²No es difícil que señalamientos y opiniones como las de los Colón hayan inspirado o sustentado la labor de los críticos «más declarados» de la Academia en México, como es el periodista Raúl Prieto, *Nikito Nipongo*, quien en los años ochenta sacó a la luz un libro de 759 páginas sobre estos asuntos, *Madre Academia*, publicado, y más tarde reeditado, por Editorial Grijalbo en ediciones que rápidamente se agotaron. Hay que explicar que el título del libro de Prieto aprovecha un significado despectivo algo oscuro que tiene «madre» en el español de México: 'lo que reviste poco valor o utilidad'. Para Raúl Prieto, las supuestas hijas de esa madre, las Academias correspondientes, son simples «entenadas», según las llama en un artículo donde despotrica con mucha gracia contra la nueva *Ortografía* de 1999, publicado el 6 de agosto de 2001 bajo el título «Ortografía Imperial» en el periódico mexicano *La Jornada* (<http://www.jornada.unam.mx/2000/ago00/000806/mas-errores.html>).

cuentro único y lamentablemente breve que tuve hace muchos años, cuando era aprendiz de revisor, con don Julio Colón, padre. Al presentarme en su casa del sur de la Ciudad de México, no podía yo creer que este gran maestro fuera una persona tan agradable y jovial. Y no sólo eso; conforme él hablaba de los idiomas, de la traducción y de los jóvenes que buscaban aprender, me iba convenciendo, por el brillo reluciente de su mirada, de que este señor era capaz de infundir un entusiasmo y una alegría tales que harían que deseara volverse traductor el lector más lerdo. Sólo un hombre absolutamente satisfecho de la vida que había llevado podría estar tan presto a entender y a impulsar con ese fervor a las nuevas generaciones. Seguramente es lo que hizo toda su vida. Atribuyo en gran parte a esa breve pero feliz entrevista el que, después de bastante más de veinte años de brega en estos campos —con todo lo que sabemos que eso significa—, yo siga amando mi trabajo; aunque, claro, esa apostura de lerdo que quizás él no pudo notar no se me haya podido quitar hasta la fecha.

Para terminar, y tratar de devolver alguna tranquilidad a compañeros nuevos que podrían inquietarse por comentarios transcritos o vertidos aquí, diré que, aunque parezca increíble, en esto de elegir el término más apropiado al traducir no siempre vence al lego la fascinación por lo extranjero o lo banalmente novedoso. En mi experiencia, ha sido muy gratificante ver a menudo la cara de satisfacción que nos devuelve un profesional de

áreas científicas cuando se le propone cambiar un calco evidentemente «mal pegado» por una palabra española que expresa con precisión la idea pretendida. Al hacerlo, tal vez estemos tocando en el fondo una fibra que despierta algún amor u orgullo básico por su cultura más esencial. Y es razonable creerlo, porque, pensándolo bien, para nuestro idioma no hubo nunca, ni debería haber jamás, *nada nuevo bajo el sol*, o por lo menos nada tan nuevo que deba obligarnos a aceptar préstamos insustanciales.

A manera de epílogo, permítaseme citar las palabras de un científico actual amante del idioma, don Alfonso Ballester, académico de número de la Real Academia de Medicina de les Illes Balears:

Resulta estremecedor que el inglés, en apenas medio siglo, haya introducido en nuestra lengua más palabras que el árabe en ocho centurias [...] El español, que es el principal bien cultural del mundo hispánico, es capaz de adaptarse a los cambios impuestos por el progreso sin menoscabo de su esencia, pues, como señalaba Fray Luis de León, «nuestra lengua es de cera para los que saben tratarla».³

³ Extracto del discurso de la sesión inaugural de la Academia, tomado de: <http://ramcib.caib.es/conferen.html>

